

W. SOMERSET MAUGHAM
EL IMPULSO CREATIVO
Y OTROS CUENTOS



ATALANTA

Los cuentos de William Somerset Maugham reúnen las principales virtudes del que fue, a principios del siglo XX, uno de los dramaturgos y novelistas más reputados del Reino Unido. En ellos se encuentran las finas dotes de observación psicológica por las que lo ensalzó la crítica, un estilo limpio y mordaz como lúcido cronista tanto de la vida mundana como de la esfera literaria, y una sobresaliente capacidad para sintetizar los dilemas a los que se enfrentan sus personajes.

En *El impulso creativo y otros cuentos* se recopilan doce relatos en los que Maugham explora la complejidad de la condición humana: la pugna entre lo que uno es y lo que desea ser, la sutil línea que separa la realidad del sueño, pero sobre todo el embaucador poder de las apariencias y los oscuros impulsos que esconden las acciones del ser humano. Estos temas, de naturaleza atemporal, cristalizan en una prosa con resonancias de Maupassant. El lector profundizará en perspicaces retratos de personajes y en situaciones construidas en torno a una idea de estilo y composición clara: crear pequeñas piezas centradas en una sola trama, cuyo objetivo es el de ofrecer una estampa dramática cerrada. Atalanta sigue, tras la publicación de *Lluvia y otros cuentos*, con el necesario rescate de la narrativa breve de un autor clave de la literatura europea.



ARS BREVIS

ATALANTA

II 2



W. SOMERSET MAUGHAM
EL IMPULSO CREATIVO
Y OTROS CUENTOS

TRADUCCIÓN
JORDI FIBLA



ATALANTA

2017

En cubierta: John Stezaker, *Pair IV*, 2007. Copyright the Artist.
Courtesy the Artist and The Approach, London
En contracubierta: retrato en la década de 1920, Gerald Kelly

Dirección y diseño: Jacobo Siruela

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Todos los derechos reservados.

Título original: *The Creative Impulse and Other Stories*

© The Royal Literary Fund

© De la traducción: Jordi Fibla

© EDICIONES ATALANTA, S. L.

Mas Pou. Vilaür 17483. Girona. España

Teléfono: 972 79 58 05 Fax: 972 79 58 34
atalantaweb.com

ISBN: 978-84-946136-7-8

Depósito Legal: GI 413-2017

Índice

Lord Mountdrago	11
El grano ajeno	43
Las tres gordas de Antibes	97
El sueño	117
La voz de la tórtola	123
Antes de la fiesta	145
Pecios	181
Louise	215
El sentido social	225

Apariencia y realidad

235

El hombre de la cicatriz

255

El impulso creativo

261

**El impulso creativo
y otros cuentos**

Lord Mountdrago

El doctor Audlin consultó el reloj que estaba sobre su mesa. Eran las seis menos veinte. Le sorprendía que su paciente se retrasara, pues Lord Mountdrago se enorgullecía de su puntualidad; su manera sentenciosa de expresarse tenía el aire de un epigrama a una observación vulgar y corriente, y solía decir que la puntualidad es un cumplido que uno hace al inteligente y una reprimenda que administra al estúpido. La cita de Lord Mountdrago era a las cinco y media.

No había nada en el aspecto del doctor Audlin que llamase la atención. Era alto y enjuto, estrecho de hombros y algo encorvado. Su cabello era gris y fino, y el rostro, alargado y cetrino, estaba surcado de profundas arrugas. No contaba más de cincuenta años, pero parecía mayor. Sus ojos azul claro y bastante grandes denotaban cansancio. Cuando llevabas un rato con él, te dabas cuenta de que se movían muy poco; permanecían fijos en tu rostro, pero tan carentes de expresión que no te incomodaban. Casi nunca le brillaban, tampoco ofrecían indicios de sus pensamientos ni cambiaban según lo que estuviera diciendo. Si eras

observador, te percatabas de que parpadeaba mucho menos que la mayoría de las personas. Tenía las manos más bien grandes, de dedos largos y ahusados; eran blandas pero firmes, frías pero no sudorosas. Jamás habrías podido decir cómo vestía el doctor Audlin a menos que te fijaras a propósito. Usaba prendas oscuras y corbata negra. Su traje hacía palidecer todavía más el rostro cetrino y arrugado. Daba la impresión de que estaba muy enfermo.

El doctor Audlin era psicoanalista. Se había dedicado a la profesión por accidente y la practicaba con recelo. Cuando estalló la guerra, no hacía mucho que se había licenciado en medicina y estaba adquiriendo experiencia en varios hospitales. Ofreció sus servicios a las autoridades y al cabo de un tiempo lo enviaron a Francia. Fue entonces cuando descubrió su singular don. Podía aliviar ciertos dolores mediante la aplicación de sus manos firmes y frías, y a menudo era capaz de inducir el sueño en personas insomnes, para lo cual sólo tenía que hablarles. Lo hacía lentamente. Su voz carecía de color y su tono no se alteraba según lo que estuviera diciendo, pero era musical, suave y arrulladora. Decía al insomne que debía descansar, no preocuparse, dormir, y el descanso iba llegando a sus miembros agotados, la tranquilidad apartaba a un lado sus inquietudes, como quien encuentra un hueco para sentarse en un banco ocupado, y el sueño caía sobre sus párpados cansados cual ligera lluvia primaveral sobre la tierra recién removida. El doctor Audlin descubrió que al dirigirse a alguien con su voz baja y monótona, al mirarle con sus ojos claros e inmóviles, al tocarle la frente enervada con sus manos largas y firmes, podía aliviar sus molestias, resolver los conflictos que le trastornaban y desterrar las fobias que convertían su vida en un tormento. A veces lograba curaciones que parecían milagrosas. Devolvió el habla a un hombre que, sepultado

bajo tierra por la explosión de un obús, había enmudecido, y consiguió que otro, paralizado tras un accidente aéreo, recuperase el uso de sus miembros. No podía comprender sus poderes. Era escéptico por naturaleza, y aunque dicen que en esta clase de circunstancias lo más importante es creer en uno mismo, nunca lo había logrado del todo, y tan sólo el resultado de sus actividades, patentes para el observador más incrédulo, le obligaba a admitir que poseía cierta facultad cuya procedencia desconocía, oscura e incierta, que le capacitaba para hacer cosas de las que no podía dar ninguna explicación. Una vez finalizada la guerra, se trasladó a Viena para estudiar allí, luego fue a Zúrich y después se estableció en Londres para practicar el arte que había adquirido de un modo tan extraño. Llevaba quince años ejerciéndolo y había alcanzado una distinguida reputación en su especialidad. La gente contaba sus asombrosas hazañas y, aunque sus tarifas eran altas, tenía tantos pacientes como tiempo para atenderlos. El doctor Audlin era consciente de que había obtenido unos resultados extraordinarios: a unos los había salvado del suicidio, a otros del manicomio, había mitigado aflicciones que amargaban vidas valiosas, devuelto la felicidad a matrimonios desdichados, erradicado instintos anormales y por tanto librado a bastantes personas de una servidumbre aborrecible, había sanado espíritus enfermos. Había hecho todo esto y sin embargo, en el fondo de su mente, seguía sospechando que era poco más que un curandero.

El ejercicio de un poder que rebasaba su capacidad de comprensión iba contra sus principios, y explotar la fe de las personas a las que trataba, cuando él no tenía ninguna fe en sí mismo, ofendía a su honestidad. Había llegado a ser lo bastante rico para poder vivir sin trabajar, y el trabajo le extenuaba, tanto que muchas veces había estado a punto de abandonar su actividad. Conocía cuanto habían escrito

Freud, Jung y todos los demás, y no estaba satisfecho; tenía el profundo convencimiento de que aquellas teorías, sin excepción, eran tramposas, y sin embargo allí estaban los resultados, incomprensibles pero patentes. ¿Y qué era lo que no había visto de la naturaleza humana durante los quince años en que los pacientes habían acudido a su lóbrega habitación interior en la calle Wimpole? Hacía mucho tiempo que no le sorprendían las revelaciones que le prodigaban, en ocasiones de excesivo buen grado, en otras con vergüenza, reservas o cólera. Ya nada le escandalizaba. Sabía bien que los hombres son mentirosos, conocía hasta qué punto su vanidad es extravagante, así como que tienen defectos mucho peores; pero también sabía que no era a él a quien competía juzgarlos o condenarlos. Y un año tras otro, a medida que le hacían aquellas terribles confidencias, su rostro se volvía un poco más ceniciento, sus arrugas un poco más marcadas, y en sus ojos claros se intensificaba la expresión de fatiga. No solía reír, pero de vez en cuando, mientras se distraía leyendo una novela, sonreía. ¿Creían realmente los autores que los hombres y mujeres sobre los que escribían eran así? ¡Si supieran hasta qué punto podían ser complicados e imprevisibles, si conocieran los elementos irreconciliables que coexistían en sus almas y las oscuras y siniestras disputas que les afligían!

Eran las seis menos cuarto. Entre todos los casos extraños de los que había tenido que ocuparse, el doctor Audlin no recordaba ninguno que lo fuese tanto como el de Lord Mountdrago. De entrada, la personalidad del paciente ya hacía que resultara singular. Lord Mountdrago era un hombre capacitado y distinguido. Nombrado ministro de Asuntos Exteriores cuando aún no había cumplido los cuarenta, ahora, al cabo de tres años en el cargo, su política se imponía. Todo el mundo reconocía que era el mejor polí-

tico del Partido Conservador, y tan sólo el hecho de que su padre fuese miembro de la Cámara de los Lores, por lo que cuando falleciese él ya no podría sentarse en la Cámara de los Comunes, le impedía aspirar a ser primer ministro. Pero si en estos tiempos democráticos es imposible que un primer ministro de Inglaterra pertenezca a la Cámara de los Lores, nada evitaba que Lord Moundrago continuase en el cargo de ministro de Asuntos Exteriores en sucesivas administraciones conservadoras y dirigiese así durante mucho tiempo la política exterior de su país.

Lord Moundrago tenía muchas cualidades. Era inteligente y laborioso, muy viajado, y hablaba con fluidez varios idiomas. Desde su primera juventud se había especializado en asuntos exteriores, y había adquirido profundos conocimientos de las circunstancias políticas y económicas de otros países. Tenía valor, perspicacia y determinación. Era buen orador, tanto en la tribuna como en la asamblea, claro, preciso y a menudo ingenioso. Brillante en los debates, era famoso por su don para dar la réplica apropiada. Tenía buena presencia: era alto y apuesto, bastante calvo y entrado en carnes, pero esto le proporcionaba una solidez y un aire maduro que le resultaban útiles. De joven había sido deportista: había remado con el equipo de Oxford en las regatas y tenía fama de ser uno de los mejores tiradores de Inglaterra. A los veinticuatro años se había casado con una muchacha de dieciocho cuyo padre era duque y cuya madre era una gran heredera norteamericana, por lo que gozaba tanto de una buena posición como de riqueza, y habían tenido dos hijos. Llevaban años separados dentro del hogar, pero en público aparecían juntos para salvar las apariencias, y ninguno de los dos había tenido otras relaciones que dieran pie a habladurías. Desde luego, Lord Moundrago era demasiado ambicioso, demasiado trabajador y cabría decir que

demasiado patriota para que le tentaran cualesquiera placeres que pudiesen obstaculizar su carrera. En una palabra, tenía grandes dotes para ser una figura popular y exitosa. Lamentablemente, también tenía grandes defectos.

Era un esnob redomado. Esto no sorprendería a nadie si su padre hubiera sido el primer poseedor del título. Que el hijo de un abogado, un fabricante o el propietario de una destilería que ha sido ennoblecido conceda una importancia desmedida a su rango es comprensible. El título de conde que poseía el padre de Lord Moundrago fue creado por Carlos II, y la baronía que ostentaba el primer conde databa de las Guerras de las Rosas. Durante tres siglos los sucesivos poseedores del título se habían unido a las familias más nobles de Inglaterra. Pero Lord Moundrago era tan consciente de su alcurnia como un *nouveau riche* es consciente de su dinero. Jamás perdía una oportunidad de recalcárselo a los demás. Tenía buenos modales cuando quería exhibirlos, pero sólo con personas a las que consideraba sus iguales, mientras que era fríamente insolente con quienes tenía por inferiores en la escala social. Era rudo con los criados e insultante con los secretarios. Los funcionarios subordinados de las oficinas del gobierno a las que lo habían destinado sucesivamente lo temían y detestaban. Su arrogancia era horrible. Sabía que era mucho más inteligente que las personas con las que tenía que tratar, y nunca dudaba de informarles al respecto. No tenía paciencia con las debilidades de la naturaleza humana. Se sentía nacido para mandar y le irritaban las personas que esperaban que él escuchara sus argumentos o deseaban conocer los motivos de sus decisiones. Su egoísmo era inconmensurable. Consideraba cualquier servicio que le hicieran como un derecho derivado de su rango e inteligencia y, por lo tanto, en absoluto merecedor de gratitud. Jamás le pasaba por la cabeza que debiera hacer algo por los demás.

Tenía muchos enemigos y los despreciaba. No conocía a nadie que mereciera su ayuda, su simpatía o su solidaridad. Carecía de amigos. Sus jefes desconfiaban de él, pues dudaban de su lealtad; en su partido era impopular, debido a su carácter dominante y descortés, y sin embargo tan grande era su mérito, tan evidente su patriotismo, tan sólida su inteligencia y tan brillante el desempeño de su cargo que tenían que soportarlo. Y lo que posibilitaba esta transigencia era que en ocasiones podía ser encantador. Cuando estaba con personas a las que consideraba sus iguales o a las que deseaba cautivar, en compañía de dignatarios extranjeros o de mujeres distinguidas, podía ser alegre, ingenioso y desenvuelto. Entonces sus modales le recordaban a uno que por sus venas corría la misma sangre que corrió por las de Lord Chesterfield. Sabía contar una anécdota con gracia, podía ser natural, sensible e incluso profundo. Te sorprendía la amplitud de sus conocimientos y la delicadeza de su gusto. Pensabas que no había mejor acompañante que él en el mundo, te olvidabas de que el día anterior te había insultado y de que era muy capaz de fingir que no te reconocía al día siguiente.

Lord Moundrago estuvo en un tris de no ser paciente del doctor Audlin. Un secretario telefonó al doctor y le dijo que su señoría deseaba que le visitara y que le gustaría que acudiera a su casa el día siguiente a las diez de la mañana. El doctor respondió que no podía ir a casa de Lord Moundrago, pero que con mucho gusto le daría cita en su consultorio dos días después a las cinco de la tarde. El secretario anotó el mensaje y al cabo de un rato llamó de nuevo para decir que Lord Moundrago insistía en ver al doctor en su casa y que podía fijar la tarifa que mejor le pareciese. El doctor Audlin replicó que sólo veía a los pacientes en su consultorio y que, sintiéndolo mucho, a menos que Lord

Mountdrago estuviese dispuesto a personarse en el consultorio, no podría atenderle. Un cuarto de hora después recibió un breve mensaje diciéndole que su señoría iría a verle, pero no al cabo de dos días sino al día siguiente a las cinco.

Cuando hicieron pasar a Lord Mountdrago, en vez de avanzar permaneció en el vano de la puerta, examinando al doctor de la cabeza a los pies con insolencia. El doctor Audlin percibió que estaba airado y le miró en silencio, con los ojos inmóviles. Vio a un hombretón de cabello grisáceo que raleaba en la parte delantera de la cabeza, lo que infundía nobleza a su frente, un rostro abotagado de facciones muy marcadas y regulares y una expresión de altivez. Su aspecto recordaba al de un rey Borbón del siglo XVIII.

—Parece que es tan difícil verle a usted como a un primer ministro, doctor Audlin. Soy un hombre en extremo ocupado.

—¿No quiere usted sentarse? —le preguntó el doctor.

Su rostro no mostraba signo alguno de que las palabras de Lord Mountdrago le hubieran afectado en lo más mínimo. El doctor Audlin tomó asiento ante su escritorio. Lord Mountdrago seguía de pie; se le había ensombrecido el semblante y tenía el ceño fruncido.

—Por si no lo sabe, soy el ministro de Asuntos Exteriores de Su Majestad —dijo mordazmente.

—¿No quiere usted sentarse? —repitió el doctor.

Lord Mountdrago hizo un gesto, tal vez indicador de que estaba a punto de girar sobre sus talones y salir de la habitación, ofendido y sin decir palabra; pero si tal había sido su intención, aparentemente cambió de idea. Tomó asiento. El doctor Audlin abrió un cuaderno de gran tamaño y empuñó la pluma. Escribió sin mirar a su paciente.

—¿Qué edad tiene?

—Cuarenta y dos.

William Somerset Maugham (1874-1965), hijo de diplomático, vivió siempre cerca de las altas esferas de poder y literarias, en París antes de la Primera Guerra Mundial y en Londres posteriormente, como estudiante de medicina. A pesar de haberse iniciado en la escritura a los quince años, su carrera parecía dirigirse al ejercicio de la profesión de médico. Sin embargo, el repentino éxito de *Liza of Lambeth* (1897), su primera novela, le permitió entregarse por completo al oficio de escritor. Tras la Gran Guerra, vivió en ciudades culturalmente muy activas, como Nueva York, Londres o París, y consolidó su carrera como novelista y dramaturgo de fama internacional. En 1928 se estableció definitivamente en La Riviera francesa, escenario de muchas de sus obras. Desde allí emprendía largos viajes a regiones de América o Asia, que también fueron escenario recurrente en su amplia producción artística, compuesta por veintiuna novelas, veinticuatro obras teatrales y varios ensayos, biografías y libros de viajes, así como cerca de cien relatos.

